

de demonio á Theóforo, que ahuyenta los demonios á ejemplo de los siervos de Dios; y si por esta razon me llamais mal demonio, me glorio de tal título." "¿Y quién es ese Theóforo?" replicó el emperador; y contestó Ignacio: "Es el que lleva en su corazon á Jesucristo." "¿Creis acaso, continuó Trajano, que no llevamos nosotros tambien en nuestro corazon los dioses, que nos alcanzan, victorias de nuestros enemigos?" "Es un error, añadió Ignacio, llamar dioses á los demonios que adorais: no hay mas que un solo Dios que hizo los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos se contiene, como no hay mas que un hijo único de Dios, que es Jesucristo." Despues de otras contestaciones, dió Trajano esta sentencia: "Mandamos que Ignacio, que se enyanee de llevar en su corazon al Crucificado, sea conducido á Roma y echado á las fieras, para que sirva de diversion al pueblo." Oyéndolo el santo obispo, exclamó lleno de alegría: "Gracias os doy, Dios mio, porque me habeis honrado con esta señal de vuestro amor perfecto, permitiendo que sea encadenado como los apóstoles." Y haciendo luego oracion en favor de la Iglesia, recogió sus cadenas y marchó gozoso entre los soldados que le conducian.

Primeramente le llevaron á Selencia, donde habia de embarcarse con diez soldados encargados de su custodia durante el viage. Dos discípulos le acompañaban, Agatopodio de Siria y Filon, diácono de Cilicia, á quienes se atribuyen las actas de su martirio. Tambien fueron á Roma á esperar al preso muchos cristianos de Antioquia. Despues de una penosa navegacion á lo largo de las costas del Asia menor, desembarcaron en Smirna, y se apresuró á ver á San Policarpo, su obispo, que habia sido como él, discípulo del apóstol San Juan. Varios obispos de las Iglesias cercanas, salieron con su clero á cumplimentar al santo mártir: se sabe entre otros, de Onésimo, obispo de Efeso, Dámaseo de Magnesia, y Polibio de Tralles. San Ignacio manifestó su reconocimiento á las tres Iglesias, dirigiéndoles cartas que han llegado hasta nosotros, y respiran toda la caridad de un mártir y el celo de un apóstol. Están llenas de exhortaciones interesantes, para persuadir á los fieles á perseverar en union y en la fé, á permanecer sumisos á los obispos y á los sacerdotes; á conservar las tradiciones apostólicas, á evitar las doctrinas peregrinas y las fábulas de los hereges; en fin, á desdeñar hasta los nombres de las sectas que alteraban el Evangelio con una mezcla de judaismo, y sobre todo, negando la realidad de la Encarnacion.

Hallando en Smirna San Ignacio á algunos cristianos de Efeso que iban á Roma, y que debian llegar á ella antes de él, les confió una carta dirigida á la Iglesia romana, para conjurar á los fieles que no se opusiesen á su felicidad, empleando sus influjos ó ruegos para estorbar que muriese por Jesucristo; porque temia que Dios, por un milagro, dispusiese que las fieras no le devorasen, y que entonces le perdonasen la vida. Nada es mas admirable que

esta carta, en que el santo mártir hace ostentacion de su grande fé, su propio desprecio, y los mayores trasportes de amor divino. Despues de saludar á los romanos y elogiarlos grandemente, dándoles á entender la alegría que le causaba la esperanza de verlos y de entrar muy pronto en posesion de la herencia de Jesucristo, continúa en estos términos: "Temo, sin embargo, vuestra caridad, y que me conserveis una muy tierna compasion. Fácil os será acaso impedir mi muerte; pero sabed que si lográbais esto, tambien os oponiais á mi felicidad. Si me teneis un verdadero afecto, me dejareis ir á gozar de mi Dios. No tendré jamas una ocasion mas favorable que esta para tan apetecida reunion. Tolerad que yo sea sacrificado ahora que se ha levantado el altar: unios mentalmente á mi sacrificio, acompañándole con cánticos en honor del Padre y de Jesucristo su Hijo. Si cuando llegue cerca de vosotros manifestase yo débilmente otros sentimientos contrarios á estos que ahora os comunico, no hagais caso de mí, sino creed lo que digo en esta carta, porque lo hago con el ánimo libre, y empleo estos momentos, los últimos de mi vida, para anunciaros que todo mi deseo es de concluirla prontamente. Nada me ata en la tierra, y no me considero ya como viviente entre los hombres. Debeis pedir y conseguir para mí el premio, que no se da jamas sino al fin de la carrera." Toda la carta contiene una expresion continua y uniforme de estos mismos sentimientos.

San Ignacio fué conducido desde Smirna á Troade, donde supo que Dios habia dado la paz á la Iglesia de Antioquia. Con este motivo escribió cartas á las Iglesias de Filadelfia y de Smirna, rogándoles enviasen un diácono ó alguna otra persona á los fieles de Siria, para que los robusteciese en la fé, y tomase parte en su alegría. Ya le habian enviado las Iglesias mas inmediatas iguales diputaciones, y se sabe por testimonio de Luciano (1), que los cristianos tenian esta costumbre en ocasiones semejantes para manifestar la adhesion que mutuamente se profesaban. En la carta á los de Filadelfia, hace San Ignacio un gran elogio de su obispo, que era uno de los que habian venido á visitarle para honrar sus cadenas. Exhortalos á que se alejen de toda division y de las malas doctrinas, á que no escuchen á los que predicán el judaismo, á respetar á su obispo, sus sacerdotes y diáconos; y al concluir les da las gracias por las pruebas de afecto y caridad que se esmeraron en dar á los discípulos que le acompañaban. La carta á la Iglesia de Smirna, contiene poco mas ó menos los mismos artículos, y ademas diferentes consideraciones para probar la realidad de la Encarnacion contra los hereges que se llamaban *aparentes*, porque querian enseñar que Jesucristo no habia tomado un cuerpo fisico, y que solo en apariencia padeció. San Ignacio nota que no tenian caridad,

(1) De vita Perégr.

que no cuidaban de la viuda, ni del huérfano, ni de los presos y afligidos, ni del que tenía hambre ó sed. También dice que se absteneran de la Eucaristía y de la oración; porque no creían que en la Eucaristía esté la carne de nuestro Salvador Jesucristo, aquella que sufrió por nuestros pecados, y que Dios Padre ha resucitado. En sus palabras se ve una prueba sin réplica de la perpetua tradición de la Iglesia sobre la real presencia.

Desecaba San Ignacio dirigir igualmente cartas á las demas Iglesias del Asia; pero precisado á embarcarse precipitadamente, se contentó con escribir en particular á San Policarpo, obispo de Smirna, rogándole que consolase por sí misma á los fieles de Siria, y les enviase á alguno en su nombre, y que exhortase también á las Iglesias próximas para que llenasen este deber de caridad, ya por cartas, ya por diputados. También le da consejos importantes para el gobierno de sus rebaños. Recomiéndale que no descuide la protección de la viuda y del huérfano en presencia de Dios; que exhorte separadamente á todos, y que no desprecie á los esclavos; pero que éstos no se envanezcan del aprecio que reciban de sus dueños, aunque se les hagan iguales en las asambleas: al contrario, que se esfuerzen á servirlos por la gloria de Dios, para obtener de este Señor mas amplia libertad, y no se afanen para libertarse por medio de la Iglesia, para quedar despues esclavos de sus pasiones.

Desde Troade fué San Ignacio á abordar á Neapolis, y pasando por Filipos, atravesó por tierra toda la Macedonia hasta Epidamno ó Durazo, en el mar Adriático, donde se embarcó para el mar de Toscana. Cuando estaba á la vista de Puzol, pidió que le dejasen desembarcar para seguir los pasos de San Pablo; pero el viento impelió el navio á alta mar, y rápidamente le echó á la embocadura del Tiber. Los compañeros del santo y los cristianos de Roma, que venían en turbas á su encuentro, no podían contener sus lágrimas y gemidos al considerar que llegaba el momento de perderle. En cuanto á él, estaba muy contento, y como muchos solícitasen atraerse á los idólatras para que reunidos para el espectáculo pidiesen el pardon de tan respetable anciano, los conjuró que tuviesen hácia él un cariño menos carnal, y poniéndose de rodillas, rogó por la prosperidad de la Iglesia, y porque se conservase la caridad y la union entre los cristianos. Inmediatamente fué conducido al anfiteatro y echado á las fieras, en las fiestas que los romanos llaman sigilarias. Dos leones se arrojaron sobre él, y le devoraron al momento, no dejando mas que los huesos mas grandes, que recogieron los fieles con reverencia, y llevaron despues á su Iglesia. De este modo terminó su vida y glorioso martirio, el dia 20 de Diciembre del año 107. Tuvo por sucesor en la Iglesia de Antioquia, á Heron, que era diácono de ella, y la gobernó veinte años.

San Policarpo recogió las cartas de San Ignacio, y remitió copias



ST. IGNACIO OBISPO DE ANTIOQUIA, MARTIR



á los cristianos de Filipos, porque se las habian pedido. Con frecuencia las citaban los antiguos, y mucho tiempo despues se leian públicamente en las Iglesias del Asia. Eusebio y San Gerónimo solo refieren las siete de que hemos hablado, y son en efecto las únicas que pueden mirarse como auténticas, aunque se le atribuyen otras. Am aquellas están bastante alteradas por los copiantes poco escrupulosos. Ultimamente adquirió la Iglesia el verdadero texto, por el descubrimiento que hicieron dos protestantes en el siglo XVII. Habiendo Userio (*Usser*) hallado dos copias de una traduccion latina en Inglaterra, é Isaac Vosio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, unos y otros perfectamente conformes entre sí, convienen de manera en todos los puntos con las citas de los antiguos, que han sido admitidos sin dificultad por los mas hábiles críticos, no solamente católicos, sino por los protestantes. Ademas de lo que ya dejamos referido acerca del principal objeto de estas cartas, es muy de notar lo que encierran, atestado con excelentes trozos que no permite copiar el plan que nos hemos prescrito, sobre la divinidad de Jesucristo, y la distincion de las dos naturalezas en una sola persona, sobre la autoridad de los obispos, la santidad del celibato, el crimen de heregía y del cisma, y en fin, sobre otros puntos de la antigua disciplina.

En tanto que Trajano, ocupado en la guerra contra los partos, extendia por el Oriente sus conquistas, aprovecharon los judíos su ausencia para sublevarse en el año 115, en Egipto y provincias comarcanas, donde cometieron horribles crueldades. Lo que mas les decidió al alzamiento, fué que miraban como el inefable presagio de la ruina del imperio romano, un terremoto que en el año precedente se habia sentido en cierta parte del Asia, y principalmente en Antioquia, donde una inmensa multitud de moradores quedó sepultada bajo las ruinas de aquella ciudad desgraciada. Los judíos de Alejandría y del Egipto, capitaneados por cierto Andrés ó Andrias, principiaron con una horrible matanza de cuantos habitantes pudieron sorprender. No contentos con matarlos, comian sus carnes, se rociaban con su sangre y se cubrian con su piel ó sus intestinos. Otras veces se divertian en verlos devorar por las fieras, ó los obligaban á que se mataran los unos á los otros. De esta manera hicieron perecer con suplicios horribles á mas de doscientas mil personas. Al año siguiente, el prefecto de Egipto dió á los sublevados una batalla campal que aquellos ganaron, y refugiándose los vencidos en Alejandría, asesinaron en desquite á todos los judíos que hallaron en ella. Continuando los rebeldes en recorrer el pais, en todas partes robaban, mataban é incendiaban. Se habian juntado á los judíos de Cirene, que reconocian por rey á un gefe que Eusebio llama Lucua; pero es, al parecer, el mismo Andrias, citado con dos nombres diferentes. En fin, marchó contra ellos Marcio Turbon con fuerzas considerables, y á pesar de su obstinada resistencia, con-

siguió reducirlos después de muchos y sangrientos combates, que costaron la vida á infinito número de los alzados. En la isla de Chipre se sublevaron igualmente los judíos, dirigidos por uno llamado Artemon, y cayendo sobre los habitantes, los degollaron, hasta el número de doscientos cuarenta mil; de manera, que Trajano, obligado á enviar tropas contra estos furiosos para someterlos y castigarlos, dió orden de arrojarlos de Chipre enteramente, prohibiendo á todos los judíos que volbiesen á entrar en ella, pena de la vida, cuya ejecución se aplicó aun á los que echaba en ella el temporal ó las borrascas. Temiendo iguales alteraciones en Mesopotamia, donde era numerosa la concurrencia de los judíos, resolvió evitarlas, mandando asimismo que fuesen desterrados todos los israelitas de aquella provincia, y encargó de esta comisión á Lucio Quieto, que se vió precisado á darles una batalla, en que pereció muchísima gente. Poco tiempo después murió Trajano, en el año 117, cuando regresaba á Roma. Sucedíóle Adriano, su primo é hijo adoptivo, cuyo gusto por el arte divinatório y las demas supersticiones del paganismo, hizo que renaciese muy pronto la persecucion de los cristianos.

Reinando Trajano, á poco tiempo después de su muerte, algunos hereges dieron nombre á nuevas sectas, que realmente en el fondo eran conformes con las existentes, aunque modificaban errores en algunos puntos. Los elcesaitas que aparecieron en Arabia á las inmediaciones de la Palestina, y que también se llamaron osenios, son, al parecer, los mismos que los osenios, cuyas doctrinas fueron modificadas por medio de una mezcla de diversos errores tomados de los eliomitas y nicolaitas.

Elxai, que se presentó como su gefe al principio del siglo II, no admitía una parte del antiguo Testamento, y daba como inspirado un libro de su composición, que contenía un formulario de oraciones en términos bárbaros que no podían entenderse. Aunque observaba la circuncision y el sábado, no adoptaba los sacrificios, ni altares, ni la inmolacion de las víctimas y demas ceremonias antiguas: prohibía comer carne de animales, y ponerse de cara al Oriente para orar, mandando que se mirase hácia Jerusalem. Sostenía que sin pecar se puede acceder á la persecucion, disimular su creencia y adorar á los ídolos, con tal que el corazon en nada de esto tome parte. Por lo demas, enemigo declarado de la virginidad y de la continencia, obligaba á todos sus sectarios á casarse. No era amigo del fuego; pero á los demas elementos daba un religioso culto, especialmente al agua, que consideraba como á una divinidad y como el origen de la vida. No sabemos si el Cristo que él admitía era el mismo de los cristianos: en cuanto al Espíritu Santo, le reconocía como divinidad del sexo femenino, y le daba, como á Cristo, cuerpo de prodigioso volumen. Al fin del siglo IV, habia aún restos de esta secta.

Saturnino, discípulo de Menandro, resucitó y explicó como él, los errores de Simon Magos. Admitía un Dios supremo, desconocido de los hombres, y del que habian emanado las potestades ó espíritus inferiores, que formaron el mundo sin saberlo aquel. En cada planeta residia uno de estos espíritus para cuidar de él, y el destinado á la tierra fué el que dió la ley á los judíos, y se habia proporcionado su adoracion bajo el nombre de Dios verdadero. Como estos espíritus no hicieron mas que disponer de la materia, no pudieron dar al hombre otra cosa que la vida puramente animal; pero Dios habia enviado á estas criaturas hechas á su semejanza, un alma racional que emanaba de él, y que debía volver al seno de la divinidad. Por otra parte, Saturnino, admitiendo la materia eterna, la suponía animada por un nial principio, que habia producido alternativamente unos hombres modelados por los primeros, y que les habia dado una alma, emanacion suya, y por consecuencia naturalmente mala. En esto consistía la diferencia que este heresiarca establecia entre los hombres, suponiendo buenos á los unos y malos á los otros por naturaleza. Con todo, como el Dios de los judíos y los espíritus creadores del mundo, habian usurpado la gloria del verdadero Dios, Jesucristo habia venido á destruir el imperio de aquellos, y enseñar á las almas de los justos el medio de volver á su origen. Pero no habia tomado cuerpo sino en apariencia, porque la materia pertenecía al mal principio, y tambien por esta misma razon Saturnino, que condenaba todo lo que puede lisonjear los sentidos, negaba la resurreccion de la carne, y no admitía el matrimonio, teniéndole por invencion del principio malo para multiplicar los cuerpos y retener las almas encadenadas en la tierra. Este heresiarca era natural de Antioquia, y enseñaba en Siria, donde la aparente austeridad de su doctrina le atrajo cierto número de partidarios.

Basilides, otro discípulo de Menandro, hizo mas variaciones en el sistema de su maestro. Adoptando la doctrina de Pitágoras sobre las propiedades de los números, supone que la unidad, símbolo del sol y del supremo Dios, el número siete relativo á los siete planetas, y finalmente, el número trescientos sesenta y cinco, que incluye los dias del año, debian indicar misterios y ofrecer el emblema de las operaciones divinas. Admitía, pues, un Dios todopoderoso y bueno, que habia engendrado por sucesivas emanaciones, siete virtudes ó siete *cones* de orden superior, y añadía que dos de éstas, la *sabiduria* y la *fuerza*, habian producido los primeros ángeles, que habian morado en el cielo mas elevado, y habian producido después los ángeles del segundo cielo, y así sucesivamente hasta el número de trescientos sesenta y cinco cielos, gobernados todos por ángeles de diferentes órdenes. Los ángeles del último cielo vecino á la materia, habian emprendido disponer de ella, de modo que pudiese formar un mundo y producir hombres, en los

que Dios había colocado después un alma racional. Estos ángeles inferiores habían logrado que los adorasen como á dioses, y pronto divididos por la ambición, ocasionaron guerras continuas, precipitando á las naciones á que se hostilizasen para extender su dominio. Queriendo el que gobernaba la nación judía someter á los otros, al fin se ligaron para combatirle, y excitaron á todos los pueblos contra él; lo que era causa del ódio general de que eran objeto. En fin, el Padre ó el Dios supremo, había enviado á su hijo, es decir, á la *inteligencia* ó el primero de los *eones*, para libertar al género humano; y este hijo, que era Cristo, habiendo encarnado en Jesus, le había dejado después en el momento de la pasión, para escaparse de sus enemigos (1). De aquí sacaba Basilides, que no se debía reconocer ni adorar al Crucificado, y que los mártires no sufrían por Jesucristo, sino por un puro hombre. No impedía tampoco que sacrificasen á los ídolos, que tomasen parte en los festines donde se comían las víctimas, que disimulasen su creencia, ni aun que renegasen de Jesucristo para evitar la persecución. Una de sus máximas era tener ocultos los misterios de su secta, y como Pitágoras, recomendaba el silencio por cinco años á sus discípulos. Tenía por consiguiente dos doctrinas, una secreta y otra pública, y solo así pueden explicarse ciertas aparentes contradicciones que se advierten en los errores que los antiguos le atribuyen; porque al mismo tiempo que él enseñaba que Dios no perdona mas que los pecados involuntarios, soltaba la rienda por otro lado á todas las pasiones, sosteniendo que son excitadas en nosotros por alguno de los espíritus creadores, y por tanto, no están obedientes á nuestra voluntad. Murió este heresiarca hácia el fin del reinado de Adriano.

Carpócrates, que enseñaba en Alejandría como Basilides y por entonces mismo, ostentó mas desenvoltura, y llevando mas adelante la extravagancia y la infamia de sus errores, ni aun se cuidaba de ocultarlos. No solo afirmaba que todas las acciones son indiferentes en sí; que la distinción entre las buenas y malas resulta únicamente de las preocupaciones; que todas las cosas, y aun las mugeres, son naturalmente comunes para todos los hombre, de modo que el robo y el adulterio no son mas que nombres inventados por las leyes humanas; sino que añadía ademas, que no se podía llegar á Dios, ni desprenderse de los sentidos, á menos de no abandonarse sin reserva á todos los movimientos de las pasiones; que era una servidumbre impuesta á todos por los ángeles creadores

(1) Algunos discípulos de Basilides decían que Cristo había tomado entonces la figura de Simon Cireneo y dádole la suya; de modo que los judíos habían crucificado á Simon en lugar de Jesus, que los miraba burlándose de ellos. Es posible que el mismo Basilides haya inventado esta opinión, que muchos Santos Padres le atribuyen, y que en efecto no es incompatible con sus otros errores, por mas que hayan dicho en contra algunos cristianos protestantes.

del mundo; y que toda alma que resistía á la concupiscencia, estaba condenada á pasar sucesivamente á otros cuerpos hasta que hubiera enteramente satisfecho esta deuda. No es difícil de imaginar qué consecuencias debían traer estas infames máximas. Carpócrates dejó un hijo llamado Epifanio, que amplió su doctrina y fué honrado como dios en la isla de Cefalonia; porque el culto de estos gnósticos y el de las otras sectas semejantes, era mixto de idolatría y de magia. Ellos tenían imágenes de Jesucristo, que decían las había hecho Pilato; y otras de Pitágoras, de Platon y de Aristóteles, y á todos los honraban con sacrificios y otras ceremonias de que los paganos se servían con respecto á sus ídolos. Ellos no miraban á Jesucristo sino como á un hombre puro, cuya alma, antes de ser encarnado, había sido solamente mas fiel á Dios que las almas del resto de los hombres; de manera que había conservado mas fortaleza para vencer á los espíritus criadores. Creían en efecto que todas las almas habían existido antes de unirse á los cuerpos, y que en castigo de los crímenes de que se habían hecho culpables, estaban sometidas al imperio de los espíritus que gobernaban el mundo.

Entre los discípulos de Carpócrates, es de notar un tal Pródico, que apareció autor de la secta de los adamitas, así llamados porque procuraban imitar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia. El lugar que habían escogido para sus asambleas, tenía el nombre de Paraiso: á él asistían todos los hombres y mugeres en estado de completa desnudez, entregándose luego, como debe presumirse, sin escrúpulo ni vergüenza á todos los excesos que eran natural consecuencia de este inconcebible cinismo. Admitiendo como los demas carpocratenses la comunidad de mugeres, condenaban el matrimonio y sostenían que jamas hubiera existido sin el pecado del primer hombre. No hacían oración, considerándola inútil, y trataban el martirio de locura y de extravagancia.

Aunque estas sectas recibiesen diferentes nombres, y en efecto se distinguen por sus diversos errores, muchas veces contradictorios, todas tenían un mismo objeto, un punto de partida y cierto número de principios comunes, nacidos del mismo origen. De aquí procede que todas se daban el nombre de gnósticos, que afectaban tomar como general para indicar las luces extraordinarias que se jactaban de haber recibido; porque este nombre significa sabio ó iluminado, y le usaban como una calificación propia de todos los herejes, que desde Simon Mago y los nicolaitas, despreciaban la sencillez de la fé, y esforzándose para acomodar á la filosofía los dogmas del cristianismo, fingían haberse elevado al conocimiento del Dios verdadero, oculto para los demas hombres. Su principal objeto era explicar el origen del mal y de la condicion del hombre en la tierra; averiguar por qué y cómo el alma humana se halla encerrada en un cuerpo, en donde está sujeta á la ignorancia y á las miserias;

manifestar cómo los desórdenes que ellos hallaban en el mundo, eran conciliables con las perfecciones divinas. Todos los gnósticos sentaban primeramente como base, que el mundo no era obra de Dios, y conviniendo en creer la materia eterna, enseñaban que había sido puesta en movimiento por uno ó varios espíritus inferiores que quisieron ser adorados por los hombres y usurpar la gloria del Dios supremo. Añadían que las almas emanaban del seno de la divinidad; pero que los espíritus criadores del mundo procuraban retenerlas encerradas en los cuerpos, para sujetarlas á su imperio é impedir su vuelta á Dios: que las que les obedecían, pasaban sucesivamente á diversos cuerpos; y que las otras, libertadas por el Cristo, subían otra vez á su origen, devolviendo á la tierra la cubierta material que les había servido de cárcel. Negaban, pues, la resurrección de la carne, y desechaban la ley y el antiguo Testamento como obra de los espíritus inferiores animaban todas las partes del mundo, y se entregaban á todas las prácticas de la magia para aplacar ó combatir á aquellos, y precaver así los males de que los creían autores. Además, para autorizar sus delirios publicaron una multitud de obras apócrifas con el nombre de los antiguos patriarcas, de los filósofos orientales ó de algunos discípulos de los apóstoles.

De su moral puede juzgarse lo bastante por las máximas que hemos referido, y cuya exactitud han querido disputar, aunque en vano, ciertos críticos audaces; porque no solo resultan del conjunto completo del sistema de los gnósticos, y se acreditan con el testimonio unánime de los Santos Padres que habían conocido á aquellos hereges, y leído sus obras, sino que están además enteramente de acuerdo con las acusaciones que los mismos filósofos paganos hicieron á dichos sectarios. En efecto, Plotino que publicó contra ellos una obra que poseemos aún, los acusa positivamente de despreciar todas las leyes, de ridiculizar las virtudes consagradas por el respeto de los siglos, de secar el manantial de todo bien destruyendo la templanza y la justicia, de no buscar mas que su interés propio, de no aficionarse mas que al deleite; en una palabra, de no hacer caso de lo que se mira como bueno y honesto entre los hombres (1). Su vida además correspondía á estas máximas abominables. Detestaban el ayuno y buscaban cuidadosamente todo lo que puede conservar la mollicie y halagar los sentidos. Se bañaban á menudo, se perfumaban de día y de noche, celebraban suntuosos banquetes en sus reuniones, y allí se entregaban á todos los excesos de la disolución y á las mas infames torpezas. Cuando recibían á un forastero de su secta, el mismo marido no vacilaba en ofrecerle su muger, y este uso vergonzoso se cohonestaba con el

(1) Plotino, *Ennead.* II, lib. IX, c. XV.

nombre de caridad. Se los acusaba sin embargo, de que impedían la generacion, y de que hacían abortar las mugeres; y estas prácticas execrables eran en efecto una consecuencia bastante natural de su opinion sobre el origen y el destino de los cuerpos.

Como todos estos hereges se llamaban cristianos, el horror y el desprecio que su infame doctrina inspiraba, recayeron sobre el mismo cristianismo; porque los paganos no cuidaban de examinarle, y su malignidad confundía con los verdaderos cristianos á todos los sectarios que tomaban su nombre. De allí provinieron las calumnias con que denigraban á los fieles con motivo de sus agapes y de sus juntas. El sacrificio eucarístico acerca del cual se guardaba secreto, y que solo era conocido de los fieles ou el fondo, era uno de los principales pretextos para aquellas calumnias. Se sabía en general hasta por los mismos escritos de los apóstoles, que los cristianos no sacrificaban animales; y que ofrecían una víctima infinitamente mas preciosa, cuya carne comían, y cuya sangre bebían. Sobre esto se forjaban mil cuentos absurdos, que se figuraban ser realidad á causa del sigilo de los cristianos. Su estrecha union pasaba por cábala, y la tierna caridad que tenían unos para con otros, inducía á los paganos á acusarlos de todas las abominaciones que ellos mismos cometían. Así se decía que para iniciar á un prosélito en sus misterios, le presentaban un niño cubierto de harina y dispuesto de tal modo, que aquel le degollaba creyendo partir un pan; que inmediatamente acababan los asistentes de despedazar al niño, del que cada uno comía un pedazo; y que el nuevo prosélito, cómplice de este crimen, se veía así comprometido á guardar el secreto. Añadiase que en sus agapes ó convites de caridad, se reunían todos los cristianos, hombres, mugeres y niños, y que al fin cuando se habían calentado con el vino y los manjares, apagaban las luces, y luego á favor de la oscuridad se entregaban al arrebató de sus pasiones brutales sin temor ni el incesto, ni el adulterio. Estas calumnias, divulgadas primero por los judíos, fueron recibidas con avidéz por la poblacion, y sirvieron por mucho tiempo para excitar su fanatismo contra los cristianos.

El emperador Adriano siguió con respecto á ellos, las máximas de Trajano; y como manifestaba disposiciones todavía menos favorables, las acusaciones fueron mas numerosas, y se cuentan gran número de mártires en los primeros años de su reinado. Entre los que padecieron muerte en Roma, se nota á San Estauquo con su muger é hijos, Santa Sofía con sus tres hijas, San Eleuterio, obispo y Santa Antia, su madre. En las provincias de Italia citaremos como los mas célebres á San Faustino, presbítero, y San Jovita, diácono, que la Iglesia de Brescia honra como á sus patronos; Santa Afra, martirizada en la misma ciudad, San Primo y San Márcos en Trieste, San Marciano, primer obispo y patron de la Iglesia de Tortona, Santa Sabina, viuda ilustre por su nacimiento, y Santa

Serapia, virgen, ambas decapitadas en la Umbria; finalmente, San Antiocho que padeció en Cerdeña. En Oriente Santa Zoa, muy célebre entre los griegos, fué martirizada en la Panfilia con San Hespero su marido, y sus hijos Ciriaco y Teódulo. Pero por lo demas son muy pocas las circunstancias que se saben de la muerte de estos santos confesores y de otros varios que se citan en los martirologios como inmolados en el mismo tiempo.

Tenemos actas que contienen pormenores mas extensos acerca del martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos. Era viuda de un tribuno llamado Getulo, condenado á muerte como cristiano; y sus virtudes, juntas á sus riquezas, la señalaban particularmente al ódio de los paganos. Queriendo el emperador Adriano dedicar con las ceremonias ordinarias un palacio que acababa de construir en Tívoli, donde vivia Sinforosa, comenzó con sacrificios para consultar los oráculos, y obtuvo por respuesta: "Que los dioses no podian mostrarse propicios mientras durase el ultraje que diariamente les hacia la viuda Sinforosa invocando con sus hijos al Dios de los cristianos." Mandó, pues, Adriano prenderla, y con aparente dulzura se esforzó en persuadirla á que sacrificara en honor de los ídolos. Pero ella le respondió con firmeza: "Mi marido Getulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, prefirieron sufrir mil tormentos y perder la vida, antes que quemar incienso ante los demonios que adorais; y si su muerte ha parecido ignominiosa á los ojos de los hombres, les ha proporcionado en la sociedad de los ángeles una gloria y una felicidad que no se acabarán." "Consiente en sacrificar, le dijo Adriano: si no tú y tus hijos seréis sacrificados." "Seré dichosísima, contestó Sinforosa, en ser ofrecida en sacrificio á mi Dios." "Vuelvo á decirle; insistió el emperador, que escojas una de estas dos cosas: ó sacrificar á los dioses, ó perecer en los tormentos." Sinforosa le repuso: "Vuestras amenazas no me harán variar de resolucion: solo anhelo por la dicha de unirme á mi esposo á quien habeis quitado la vida por Jesucristo." Entonces Adriano ordenó que la condujesen al templo de Hércules, y que la colgasen de los cabellos despues de abofetearla cruelmente; pero como nada hiciese titubear su constancia, mandó precipitarla en el rio. Eugenio, su hermano, y uno de los principales ciudadanos de Tívoli, sacó su cuerpo y le enterró cerca de la misma ciudad.

Al día siguiente hizo Adriano que llevasen á su presencia á los siete hijos de Sinforosa, y habiéndolos exhortado en vano á que sacrificaran á los ídolos, mandó atarlos á siete pilares puestos al rededor del templo de Hércules, estrándoles los miembros con poleas, y por fin les dieron muerte con diferentes suplicios. Crescente, el mayor de todos, fué degollado: el segundo, llamado Juliano, recibió varias lanzadas en el pecho: Nemesio y Primitivo, fueron traspasados en diferentes partes: á Justino le quebrantaron los riñones: á Stacteo le abrieron los costados; y Eugenio el menor, fué

partido por la mitad del cuerpo. En seguida, por órden de Adriano, fueron arrojados en un foso profundo que los Pontifices paganos nombraron, el sepulcro de los siete Biothauatos, es decir, de los siete ajusticiados. Cuando se acabó la persecucion, se recogieron con respeto aquellas preciosas reliquias, y se enterraron en el camino de Tívoli á Roma, á ocho millas de ésta.

Al fin las persecuciones y calumnias de que eran victimas los cristianos, los determinaron á publicar apologias en su defensa y justificacion. La primera fué la de San Cuadrato, que habia sido discípulo de los apóstoles, y poseyendo con la ordenacion de obispo el don de profecía, imitaba el celo de aquellos en propagar la fé y predicar la divina palabra á los gentiles. "Porque, dice Eusebio, la mayor parte de los primeros discípulos, llenos de una verdadera sabiduría, empezaban por distribuir sus bienes á los pobres, despues iban á diferentes países á ejercer las funciones de evangelistas, anunciaban á Jesucristo á los que no le conocian, y les llevaban los libros sagrados. Echados así los fundamentos de la religion en un pueblo de infieles, nombraban obispos, á quienes encargaban el gobierno de la nueva Iglesia, y pasaban á otros parages. Dios trabajaba en todas partes con ellos por la eficacia de su gracia, y el Espíritu Santo obraba por su medio una multitud de prodigios (1)." El emperador Adriano se inició en los misterios eleusinos el año 124 en Atenas, y habiendo servido esta circunstancia como de estímulo para avivar las persecuciones contra los cristianos, San Cuadrato compuso por aquel mismo tiempo, ó poco despues, una apologia, que dirigió á dicho principe y que fué alabada de los antiguos, ya por la pureza de la doctrina, ya por la fuerza del raciocinio. En un corto fragmento conservado por Eusebio, manifiesta la diferencia que hay entre los milagros de Jesucristo y los prestigios de los impostores. "En cuanto á las obras de nuestro Salvador, decia este apologista, siempre han sido visibles, porque eran verdaderas. Los enfermos que curó, ó los muertos que resucitó, no desaparecieron solo algunos instantes y delante de poca gente, sino que se mostraron á la vista de todo el mundo y durante muchos años: no solamente pudo vérselos sanos y vivos mientras duró la predicacion de Jesucristo, sino mucho despues que el Señor dejó la tierra; de modo que algunos han llegado hasta nuestros dias."

San Aristides, que era de Atenas como San Cuadrato, y que antes de abrazar el cristianismo habia hecho profesion de filósofo, publicó por su parte otra apologia de que no nos ha quedado nada; pero que dice San Gerónimo era igualmente elocuente y erudita. Citaba muchos pasages de los antiguos filósofos para dar mas peso á sus observaciones, fortaleciéndolas con el voto de las autoridades menos sospechosas para los paganos.

(1) Eusebio, Hist. lib. III, cap. XXXVII.
Tom. I.

Los esfuerzos de estos dos apologistas fueron corroborados por una carta que Serenio Graniano, prócansul de Asia, escribió casi por la misma época, para representar al emperador que la justicia imponía el deber de no conceder á los gritos tumultuosos del populacho la sangre de tanta multitud de cristianos, expuestos cada día á ser condenados por solo su nombre y sin ninguna forma legal. Movido Adriano de estas reflexiones, expidió órdenes en consecuencia á varios gobernadores de provincia, y entre otros á Minucio Fundano, sucesor de Graniano. Este rescripto que San Justino insertó en una de sus apologías, y que ha conservado Eusebio, estaba concebido en estos términos. "He recibido la carta del ilustre Serenio Graniano, tu predecesor, y no he creído que el asunto debiera despreciarse, porque se trata de prevenir desórdenes y de evitar las ocasiones de calumnia. Así, si los pueblos de tu gobierno tienen que elevar quejas contra los cristianos, que lo hagan en regla y vayan á sostener sus acusaciones ante tu tribunal, no contentándose con clamores sediciosos, porque á ti te toca entender en esas acusaciones: si alguno se presenta como acusador y prueba que ellos obran contra las leyes, castígalos según la naturaleza del delito; pero si la querrela es calumniosa, cuida de no dejar impune al que la haya entablado (1)."

Esta decision no era bastante precisa para revocar las leyes precedentes, y en particular las de Trajano; pero suspendió la persecucion, á lo menos por algún tiempo. Desde entonces se mostró Adriano tan bien dispuesto á favor del cristianismo, que hasta tuvo el proyecto de poner á Jesucristo en el número de los dioses. "Mandó edificar templos, dice Lampridio, en todas las ciudades, sin poner ninguna estatua; y como no están consagrados á divindades, llevan aun el nombre de este emperador. Había mandado construirlos para dedicarlos á Jesucristo; pero le disuadieron los Pontífices, que habiendo consultado los oráculos, supieron que de ejecutarse este designio, todo el mundo se haría cristiano, y los demas templos quedarían abandonados (2)."

También publicó el mismo emperador varias leyes, en que se revela evidentemente la inspiracion de los doctores cristianos: prohibió los sacrificios que subsistian aun en ciertos parages; quitó á los señores el derecho de vida y de muerte que hasta entonces habían tenido sobre sus esclavos, mandando que éstos cuando se los acusase de un crimen capital, fueran juzgados por los tribunales ordinarios: finalmente, abrogó la ley que permitia dar tormento á todos los esclavos de un hombre

(1) Euseb. Hist. lib. IV, cap. IX.

(2) Lampridio *Vit. Alex.* La última frase de Lampridio sobre los motivos que impidieron esta consagracion, ofrece alguna ambigüedad, y puede referirse al emperador Alejandro Severo, que tuvo el mismo plan que Adriano. Pero es probable que la misma causa detuvo al uno y al otro.

muerto violentamente en su casa, y limitó esta disposicion á los que fuesen testigos del homicidio, ó hubieran podido evitarle.

El cristianismo, protegido así momentáneamente contra las violencias populares, no cesaba de estar expuesto á sinsabores de otra clase, ya de parte de algunos sofistas charlatanes que corrían el mundo jactándose de obrar milagros por el poder de los falsos dioses, ya de parte de los filósofos paganos, que en sus escritos ó en sus discursos se esforzaban por combatir los dogmas de los cristianos. Uno de los mas célebres fué un filósofo epicureo llamado Celso, que parece compuso varias obras contra los cristianos; pero sobre todo, publicó hacia mediados del segundo siglo, un libro con el título de *Discurso verdadera*, lleno de mentiras y de calumnias, donde habia reunido, ademas, casi todas las objeciones que pueden discurrirse contra la religion. Hacia que los judíos y los cristianos disputasen entre sí, y luego impugnaba á unos y á otros con sus propios razonamientos, intentando sacar una gran ventaja de sus divisiones, vanagloriándose de haber leído todos sus libros, y empleando sucesivamente la injuria, la burla y la discusion; de manera que no omitia, por decirlo así, ningun argumento de cuantos los incrédulos modernos han repetido despues. Por lo demas se halla en su propia confesion una prueba incontestable de los progresos rápidos que el cristianismo habia hecho, y de las violentas persecuciones que sufrían los que le abrazaban. Tambien se ve por sus objeciones, que la divinidad de Jesucristo era un dogma claramente enseñado por los cristianos, supuesto que la sirve de base ó de objeto de sus impugnaciones en algunas de aquellas. Daremos una idea mas completa haciendo conocer el tratado que Origenes escribió para refutar dicho libro (1).

En los últimos años de Adriano intentó tambien por otro medio, un judío llamado Aquila, commover uno de los principales fundamentos de la fé, y arrebatar á los cristianos las pruebas que sacaban de la autoridad de los profetas. Era pagano de origen, y natural de Sinope, en el Ponto. Sorprendido de los milagros obrados por los cristianos de Jerusalem, habia abandonado las supersticiones de la idolatria, y bautizándose. Pero habiéndose apegado despues obstinadamente á las vanas observancias de la astrología, fué echado de la Iglesia, y de despecho hizo que le circuncidaran,

(1) Algunos autores afirman que Celso era un filósofo de la escuela ecéctica de Alejandría, y que su obra se compuso solamente como á fines del reinado de Marco Aurelio. Pero aunque esta opinion no deje de tener algun fundamento; las pruebas que se alegan no son bastante fuertes para hacernos abandonar la opinion mucho mas extendida de que este filósofo pareció desde el tiempo de Adriano. Sin embargo, si puede suponerse que publicó despues luego los otros libros que se le han atribuido contra los cristianos; es cierto que la obra cuya refutacion poseemos, no se compuso hasta algunos años despues de la muerte de este principe, supuesto que en ella se hacia mencion de algunas sectas que no se conocieron antes de mediado el siglo II.

y abrazó el judaísmo. Entonces se aplicó á estudiar la lengua hebrea, y dió después una nueva traducción de la Santa Escritura queriendo corregir la de los setenta, y desnaturalizando ó atenuando todos los pasajes que se refieren á Jesucristo. Esta versión fué adoptada por los judíos que hablaban la lengua griega.

Ademas de las sectas de que hemos hablado anteriormente, debemos mencionar también el error de los milenarios que comenzó á estar en auge bajo el reinado de Adriano. Ya se había enseñado en Cerinthus, y aun se conocía de mas antiguo entre los judíos que fueron sus primeros autores; pero la autoridad de Papias contribuyó luego á propagarle mas, atrayéndole algunos partidarios de entre los fieles. Era Papias obispo de Hierápolis en Frigia, y había sido discípulo de San Juan Evangelista y compañero de San Policarpo: hombre de una virtud rara, de un entendimiento cultivado, y hasta de bastante habilidad en la literatura; pero de corto juicio, crédulo en demasia y con poquísimo discernimiento. Había escrito cinco libros con el título de *Exposicion de los discursos del Señor*. En los fragmentos que Eusebio ha conservado, se ve que se informaba cuidadosamente de cuanto los antiguos podian haber aprendido de viva voz conversando con los apóstoles. "No gustaba yo, dice, como la mayor parte, de los que abundaban en palabras, sino de los que enseñaban la verdad, ni de los que publicaban máximas nuevas y desconocidas, sino de los que referian los preceptos comunicados por el Señor. Siempre que encontraba yo á alguno de los que habian sido discípulos de los antiguos, le preguntaba con anhelo acerca de sus discursos y lo que habia dicho Andrés ó Pedro, Juan ó Felipe, ó algun otro discípulo del Señor como Aristion ó el presbítero Juan (1), porque me persuadia á que las instrucciones sacadas de los libros me serian menos provechosas que lo que aprendiera así de viva voz." Entre las diferentes cosas que referia como sabidas por este medio, mezclaba algunas parábolas atribuidas al Salvador, y errores ó fábulas que referia á tradiciones mal comprendidas, entre otras el desvario de los milenarios sobre el reinado temporal de Jesucristo: lo que no quita que haya sido adserito en el número de los santos, porque la Iglesia no habia pronunciado aún su juicio sobre este error, que no fué condenado expresamente hasta mucho despues de muerto Papias. San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Lactancio y algunos otros menos conocidos, abrazaron despues de él la misma opinion, cuyo fundamento creian encontrar en un pasage del Apocalipsis mal entendido. Pero su parecer se separaba del de los hereges en un punto esencial: aquellos creian solamente que al fin de los tiempos habria una primera resurreccion únicamente para los justos, y que enton-

ces, descendiendo Jesucristo á la tierra para reinar por espacio de mil años en el universo, participarian los santos de este reinado, mandarian á los hombres que aun viviesen, y gozarian con Jesucristo de una felicidad enteramente espiritual. Suponian que la ciudad de Jerusalem seria reedificada por las naciones extrangeras, y aplicaban á esta nueva ciudad lo que se dice de la Jerusalem celestial en el Apocalipsis. Segun ellos, este era el céntuplo que Jesucristo prometió en este mundo á los que lo hubiesen dejado todo por él, y al cabo de este reinado temporal de mil años, debía efectuarse la resurreccion general y el juicio final, despues de lo cual los justos entrarian en posesion de la gloria eterna. Los judíos y los hereges, apegados por el contrario, á invenciones mas groseras, enseñaban que la felicidad de los justos consistiria en los placeres sensuales: que pasarian los mil años en festines y deleites continuos: que podrian vengarse de sus enemigos: que se harian circuncidar, sacrificarian víctimas, y practicarian todas las ceremonias legales: en fin, que los mismos cristianos se convertirian al judaísmo, y que los judíos dominarian todas las naciones. Los marcionitas, los montanistas y otras sectas heréticas adoptaron el error de los milenarios.

Adriano no conservó hasta lo último las disposiciones benévolas que habia mostrado hácia el cristianismo, y volvieron á empezar las persecuciones en los últimos años de su reinado. Es probable que la rebelion de los judíos produjera este cambio, porque comunmente se miraba á los cristianos como una secta del judaísmo. Despues de la ruina de Jerusalem, en tiempo de Tito, los romanos habian permitido reedificar algunas habitaciones en su sitio, y poco á poco se habia levantado de nuevo la ciudad. Adriano quiso acabar de reconstruirla el año 132; pero con la intencion de hacerla colonia romana, y hasta le mudó el nombre dándole el de Elia Capitolina. Al mismo tiempo envió una colonia de paganos para habitarla, y mandó levantar un templo á Júpiter en el sitio del antiguo. Indignados los judíos de esta profanacion, no se atrevieron con todo, á levantarse al pronto, contenidos por la presencia del emperador, que se hallaba entonces en Oriente. Limitáronse á hacer en secreto preparativos de guerra, abriendo sobre todo, muchos conductos subterráneos, á fin de poder reunirse furtivamente, comunicarse entre sí, y esconderse ó huir cuando se vieran apurados. Pero habiendo partido Adriano para la Grecia el año 134, estalló públicamente la rebelion, y los judíos esparcidos por las diversas provincias, se sublevaron inmediatamente, y acudieron de todas partes á Jerusalem, de modo que todo el Oriente, por decirlo así, se conmovió. Era su jefe un saltador llamado Barcoqueba, despreciable por todos títulos; pero cuyo nombre bastó para reunir bajo sus órdenes á la multitud de los rebeldes. Como este nombre significaba en lengua siríaca *hijo de la estrella*, se aplicaba la profecía de Ba-

(1) Este presbítero Juan, que Papias distingue del apóstol, podia ser Juan Marcos, primo de San Bernabé.

laam sobre aquella estrella que debía salir de Jacob para someter á los gentiles; y no se necesitó mas para seducir á un pueblo cuya obcecacion participaba de la estupidez. Este impostor trató primero, para aumentar sus fuerzas, de arrastrar tambien á los cristianos á la rebelion, ofreciéndoles el mismo favor que á sus súbditos; pero habiéndose negado aquellos, los persiguió con furor é hizo perecer gran número de ellos en los suplicios mas espantosos.

Entre tanto, Tinnio Rifo, gobernador de la Judea, recibió los refuerzos que necesitaba para embestir á los rebeldes; mas no atreviéndose á presentarles la batalla porque temia igualmente su número y su desesperacion, se contentó con recorrer la campiña cayendo de improviso sobre las partidas sueltas, y matando á cuantos encontraba, sin perdonar á mugeres ni á niños. El emperador envió en seguida tropas mas copiosas bajo la conducta de Julio Severo, general hábil, á quien mandó pasar desde la Gran Bretaña á la Judea para terminar la guerra. Este temió asimismo empeñar una accion general, y siguiendo un plan análogo al de Rifo, formó varios destacamentos que atacaron á los rebeldes por todos lados, y estrechándolos poco á poco, les cortaron los viveres y lograron así destruirlos enteramente. Cincuenta plazas fuertes y cerca de mil pueblos fueron arruinados: quinientos ochenta mil judíos fueron inmolados con el hierro, á mas de una multitud innumerable que perecieron por el fuego, de hambre ó enfermedades. Todos aquellos á quienes la guerra habia perdonado, fueron puestos en venta como acémilas, en el valle de Mambré, donde se celebraba una feria de animales, y los que no encontraron compradores, fueron trasportados á Egipto; sus tierras quedaron confiscadas á beneficio del pueblo romano. Jerusalem fué arrasada de nuevo en Agosto del año 137. Así se consumaron la ruina y dispersion del pueblo judío, que quedó sin patria, sin pueblo y sin sacrificio, errante por todas partes, en medio de los otros pueblos, como para dar testimonio al universo del cumplimiento de las profecias.

Adriano reedificó segunda vez á Jerusalem con el nombre de Elia Capitolina, que conservó hasta el tiempo de Constantino; pero varió su recinto y situacion, suprimiendo una parte del antiguo sitio para extender la nueva ciudad hácia el monte Calvario. Prohibió á los judíos, so pena de muerte, entrar en ella ni aun acercarse, y cuidó de poner guardias en diferentes parages para velar sobre la ejecucion de esta medida. Hizo colocar en la puerta, por el lado de Bethlehem, un puerco de mármol, animal mirado como inmundo por los judíos; pero cuya figura llevaban los romanos en sus banderas. Mandó levantar tambien una estatua de Venus en el sitio del Calvario en que Jesucristo habia muerto, y un ídolo de Júpiter en el de su resurreccion: finalmente, dispuso que cerca de Bethlehem se plantara un bosque en honor de Adonis, y le dedicó el establo en que habia nacido Jesucristo.

Hasta entonces la Iglesia de Jerusalem casi no se habia compuesta sino de judíos convertidos, que practicaban aún la circuncision y las otras ceremonias de la ley de Moisés: habia tenido quince obispos, elegidos todos entre los fieles circuncisos. Pero como la prohibicion de Adriano la redujo á solos los cristianos, se abolieron todos estos restos de las observancias legales, y aquella Iglesia comenzó desde entonces á ser gobernada por obispos que no eran judíos de nacimiento. Marcos fué el primero elegido entre los gentiles, y el decimosexto que la gobernó desde la fundacion del cristianismo.

Apenas sobrevivió Adriano un año á la destruction de los judíos, y señaló el fin de su reinado con odiosas crueldades. Por simples sospechas hizo perecer á varios personajes distinguidos, y hasta á individuos de su propia familia. Habiendo caido enfermo de hidropesia, se le hizo tan insoportable el exceso de sus padecimientos, que quiso mas de una vez matarse. Al fin desechó todos los remedios, comenzó á comer y beber immoderadamente, y murió así el 10 de Julio del año 138. Sucedióle Arrio Antonino, á quien poco antes habia adoptado.

